

al reino de Arlés y á la Provenza. ¡Sueño ambicioso, se dirá, de una mujer que quiere vengarse! No; aquéllos proyectos de desmembramiento de la Francia eran muy serios. Vamos á ver que el ódio inglés ayudaba á la venganza austriaca, á fin de destruir para siempre la preponderancia de la raza gala.

§ IV.—El equilibrio.—La Inglaterra.

I.

En medio de aquel desbordamiento de violencias, se oye resonar la palabra *derecho*. Apenas formada la coalicion contra María Teresa, el rey de Inglaterra anunció al Parlamento que por su parte cumpliría los compromisos que habia contraído para mantener la balanza del poder y la libertad de la Europa; añadió que la causa del Austria era la causa comun de todos los reyes y de todos los pueblos (1). La cámara de los lores contestó al discurso del trono que la tranquilidad y la seguridad de Inglaterra dependian del equilibrio en el continente. En 1742 declaró que, tanto el honor, como la seguridad y el comercio de los reinos británicos, estaban interesados en que la casa de Austria no fuese destruida. Por su parte, la cámara de los comunes votó un mensaje para mostrar el peligro en que se encontraba la Europa á consecuencia de la guerra contra la reina de Hungría; propuso emplear todas las fuerzas del Estado para restablecer el equilibrio general (2).

¿Por qué puso Inglaterra su poder al servicio de María Teresa? A dar crédito á los discursos de fórmula, los Ingleses habrian sido los campeones de la libertad del género humano. En los discursos de los oradores del Parlamento se encuentran á cada paso las palabras equilibrio y monarquía universal; tanto la oposicion como el partido ministerial proclamaban que la Francia queria

(1) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. v, p. 132.—RAPIN DE THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. xv, p. 246, 261.

(2) RAPIN DE THOYRAS, *ibid.*, p. 248, 309.—RANKE, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 27.

esclavizar el mundo, que solamente el Austria era bastante fuerte para oponérsele, que socorrer á María Teresa era defender la causa de la humanidad. La diplomacia inglesa empleaba el mismo lenguaje. En una Memoria del embajador de Inglaterra, dirigida á los estados generales, se lee que las provincias marítimas no deseaban más que impedir á la Francia el dominar sobre ellas y oprimir la libertad de la Europa. En fin, los escritores políticos de aquel tiempo glorifican á la Inglaterra por haber sostenido el derecho por el mero hecho de ser derecho (1).

Agrada oír las palabras derecho y libertad en el conflicto de tantas codicias, para las cuales no habia nada sagrado. Pero cuando se trata de política no debe fiarse en las palabras. Tambien Federico solia sazonar sus manifiestos con *libertad germánica*; acusaba á la casa de Austria de aspirar á la dominacion de la Alemania y de comprometer la independencia de la Europa, mientras que los Ingleses dirigian esta misma censura á los Borbones; sin embargo, no buscaba más que el interes de la Prusia, y aún pudiera decirse que no buscaba más que un interes dinástico. ¿No sucedia lo mismo con Inglaterra? El sacrificarse por la causa de la humanidad no es propio del genio de la raza inglesa; jamas ha desempeñado el papel de Don Quijote; para ella la utilidad es el principio de la política, y derecho es sinónimo de comercio y de seguridad de la Inglaterra. Federico, que tambien sabía practicar estas máximas en su provecho, nos dirá cuál era el verdadero móvil del apoyo generoso que los Ingleses dieron á la reina de Hungría.

La generosidad aparente del rey Jorge, dice Federico, era un vil interes por su electorado (2). Si hemos de dar crédito á los oradores de la oposicion en el Parlamento, la conducta del rey de Inglaterra merece la censura que le dirigió Federico. El rey tomó á sueldo las tropas del elector de Hanover; el elector era un pobre diablo, al paso que el rey disponia de las guineas inglesas; el rey usó de ellas grandemente en beneficio del ávido elector. «Nada más laudable, decia *Saint-Hesbyn*, que la solicitud de Jorge por

(1) RAPIN DE THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, p. 251-414.—RANKE, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 250.

(2) FEDERICO II, *Historia de mi tiempo*, c. 8. (*Obras*, t. III, p. 25.)

su electorado: es el más noble de los sentimientos, el amor de la patria; pero también la Inglaterra es su patria, y si lo olvida, los ministros debían recordárselo.» El fogoso *Pitt* fué aún más amargo, más agresivo: «Es claro como la luz del día, exclamó, que este grande, este poderoso, este formidable reino es considerado como una provincia de un miserable electorado, y que las tropas de Hanover no se toman á sueldo por nosotros más que para sacarnos el dinero» (1).

Este pequeño interés hanoveriano podía tal vez ser el móvil de Jorge II, que era más bien príncipe alemán que rey de Inglaterra. Pero para arrastrar á la nación era preciso una razón más poderosa. Es muy cierto, como decían los manifiestos ingleses, que los Borbones alimentaban designios ambiciosos; no que el indolente Luis XV fuese capaz de una elevada ambición; pero aquellos que habían inducido al anciano cardenal á emprender la guerra, pensaban nada ménos que en dar á la Francia la dominación de Europa. La envidia inglesa se despertó con esto. Federico II, que no quería al rey de Inglaterra, achaca á Jorge II un odio inveterado contra la nación francesa (2). En este punto, al ménos el príncipe participaba de los sentimientos del pueblo. Los Ingleses no han perdonado á la reina Ana el haber otorgado la paz á Luis XIV precisamente cuando la coalición victoriosa podía dictar al gran rey condiciones tales que la raza gala no hubiera pensado tan pronto en turbar el reposo de la Europa. Al parecer, los ambiciosos proyectos de los consejeros de Luis XV daban la razón á los temores de Inglaterra. La Francia, desconociendo los compromisos que acababa de contraer, pisoteaba los tratados y sus promesas, lo mismo que lo había hecho Luis XIV, para dar el golpe de gracia á la casa de Austria y asegurarse de este modo la dominación de la Europa. La impericia de los generales franceses, el heroico sacrificio de la Hungría y el apoyo de la Inglaterra, salvaron á María Teresa.

Hemos dicho que la victoria envaneció á la jóven reina y que pensó en reivindicar las provincias de la Francia que en otro

(1) LORD MAHON, *History of England*, t. II, p. 136, 137.

(2) FEDERICO II, *Historia de mi tiempo*, c. 8. (*Obras*, t. III, p. 6.)

tiempo habían pertenecido al imperio de Alemania. Los Ingleses excedieron, si es posible, la extravagancia de sus quiméricos proyectos; quisieron anular el poder de la formidable nación que amenaza incesantemente con trastornar la Europa. Tratábase de desmembrar la Francia, creando con sus despojos un reino poderoso formado con las provincias belgas que se hubieran extendido hasta el Somme, con la Lorena, el Bar, los tres obispados y la Alsacia. Por poco que la fortuna hubiese favorecido á las armas de la nueva coalición, los Ingleses hubieran reivindicado la Normandía y la Aquitania, invocando los derechos del príncipe Negro. Es un triste espectáculo el de los excesos de la fuerza. La Inglaterra había tomado las armas para la defensa del derecho y de la libertad. ¡Y piensa en repartir la Europa, como si fuese una tierra sin propietario! Para atraer á Federico á la gran alianza contra la Francia, se le daba carta blanca en Polonia: «Si Su Majestad quisiera engrandecerse por el lado de la Prusia polaca, el rey de Inglaterra no tenía vínculos tan estrechos con la Polonia que se opusiese á ello, y en las circunstancias presentes no había que temer que la Rusia pusiera obstáculo alguno.» ¡Qué desprecio, no ya para los derechos de las naciones, sino hasta para las posesiones de los príncipes! ¡El rey de Polonia era el aliado de María Teresa, y para recompensarle su apoyo se entregaba la Polonia á la ambición prusiana! Federico II no aceptó esta extraña proposición; ya que no tuviese sentimiento de justicia, tenía en cambio un gran sentido político para embarcarse en una empresa que tendía á repartir la Francia: «Tanto valdria, dice, ofrecerle coger la luna con los dientes» (1).

Sin embargo, no todo era quimérico en los proyectos de los Ingleses. No son gente que se alimenta de ilusiones. La humillación de la Francia debía servir de pedestal á su propia grandeza. Se engañaron al creer que la Francia se dejaría repartir tan fácilmente. En el siglo XIX, una coalición victoriosa, que dictó la paz á la Francia aniquilada en su capital, no se atrevió á desmembrarla. Pero si sobre el continente era imposible romper el poder de la Francia, no sucedía lo mismo en la inmensidad del

(1) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 32, 35.

Océano. Allí los Ingleses eran los amos. Ellos, que hablaban tanto del equilibrio, lo cual implica un derecho igual de todos, no querían sufrir competencia sobre el mar. Por esta justa razón la Francia les devolvía la acusación de dominación universal que se le dirigía. En 1749, el embajador francés decía á los estados generales que, bajo el pretexto del equilibrio, Inglaterra quería establecer un despotismo marítimo que no dejaría ni sombra de libertad á las naciones comerciales. El ministro de Francia en Aix-la-Chapelle fué más léjos; sostuvo que el sistema de balanza no había sido imaginado por los Ingleses más que con el designio de fomentar una discordia perpétua entre los soberanos y aprovecharse de sus divisiones para romper á su favor durante aquellas perturbaciones el equilibrio del comercio (1). Esto era suponer tal vez demasiada previsión á la política inglesa; lo cierto es que no tenía más fin que asegurar y extender el comercio de la nación. Los hombres de Estado no hacían de ello misterio alguno. Se lee en las *Observaciones sobre la Pragmática Sanción*, atribuidas á Walpole, que gracias al mantenimiento de la balanza del poder, Inglaterra había llegado á ser una de las más formidables potencias del mundo, y que había conservado el *imperio de los mares* y su comercio en todas las partes del universo. El autor deduce que la política inglesa debe reducirse á este principio fundamental, que la fuente de su prosperidad es el equilibrio del poder entre los príncipes de la Europa (2).

II.

La dominación universal, ejérsese sobre los mares ó sobre el continente, conduce fatalmente al imperio de la fuerza. Hemos visto á la Europa coaligada contra Luis XIV echarle en cara la violación de los tratados, las espoliaciones cometidas en plena paz, verdaderos actos de bandolerismo. Al declarar la guerra á Inglaterra, en 1644, el rey de Francia se lamentó, por su parte,

(1) BOUSSET, *Recopilación de actas*, t. XVIII, p. 342; t. XIX, p. 145.

(2) *Historia de Walpole*, t. III, p. 261.

de las piraterías inglesas (1). La acusación era tan merecida como las quejas de la Europa contra Luis XIV. Inglaterra se aprovechó de sus victorias sobre el gran rey para conseguir ventajas comerciales á expensas de la España. Lo que principalmente le había inquietado cuando los Borbones fueron llamados al trono de Carlos V fué que los franceses se apoderaran del comercio de las dos Indias. Tuvo buen cuidado de ello en los tratados de Utrecht. Se ha acusado al ministerio tory que firmó la paz por no haber aprovechado la ocasión de quebrantar á la Francia, desmembrándola. Creemos que este medio de debilitar á la rival de Inglaterra hubiese sido poco eficaz. Al arrogarse el monopolio del comercio, y por consiguiente el imperio de los mares, trabajaron los Ingleses bastante más sólidamente por su grandeza futura. Después de esto hay que confesar que el tratado del *Asiento*, que concedía á la Inglaterra el privilegio exclusivo de suministrar á las colonias españolas esclavos, es «el convenio más extraño que el despotismo comercial ha podido imaginar jamás» (2). Para comprender cómo la España ha podido sufrir la humillación de semejante monopolio, hay que recordar que Luis XIV se hallaba en el último extremo cuando el gabinete de Londres quiso proponerle la paz, y que los privilegios comerciales eran la condición esencial de aquellas proposiciones. Fué preciso pasar por la voluntad del vencedor.

No bastó esto á la codicia de los comerciantes ingleses. El tratado del *Asiento* era impuesto por la fuerza á la debilidad. Si se quería mantener el monopolio, era preciso impedir á los Españoles que restablecieran su marina. Sin embargo, apenas firmada la paz de Utrecht, un ministro, medio hombre de genio, medio aventurero, creó como por encanto una flota en un país que parecía aniquilado. El movimiento que Alberoni imprimió á la España inquietó á los Ingleses; se aprovecharon de la guerra promovida por el cardenal para destruir sus establecimientos. Es una de las páginas vergonzosas de la historia de Inglaterra. Hay que insistir sobre este abuso de la fuerza, para mostrar lo que signifi-

(1) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. V, p. 189.

(2) SAINTE-CROIX, *Historia del poder naval de Inglaterra*, t. II, p. 51.